

Por cuanto a los poetas populares, son varones elegidos, y por ende constituyen la gran minoría como todos los verdaderos artistas.

Nacen con un alma bella y están dotados del don divino de exteriorizarla.

Esta alma posee necesariamente un mágico poder: se asimila y condensa todo el pensar y todo el sentir del pueblo. Es como una inmensa custodia donde va guardada la hostia augusta de la grande alma popular.

Así es como todos encuentran en cada cantar como un girón de su propio ser, y por eso mismo el cantar, o más ampliamente la poesía popular, pertenece al pueblo; él es la razón de su génesis; él la crea en una gran medida, pues está hecha con sus ansias, con sus amores, con sus cuitas, con sus alegrías, pero como la bíblica estatua de barro, toda esta *materia* necesitaba de la insuflación divina que le infundiera vida, y esta vida sólo puede otorgarla el artista, el poeta. Esto es todo

(Mérida mayo, de 1915)



LA POESIA POPULAR I LA HISTORIA.

En todos los tiempos la sátira y el elogio han sido manejados por el gran Poeta anónimo, para perpetuar el recuerdo de algunos personajes más o menos célebres, y aun ha consignado en sus trovas importantes sucesos que prestan no despreciable concurso a la Historia, cuando ésta ha olvidado o descuidado el registrarlos en sus anales.

El Cancionero de Clairambaul-Maurepa, verbigracia, contiene tal cúmulo de datos e indicaciones, que le hacen inapreciable para el estudio del París político-social del siglo XVIII.

A la muerte de Luis XIV, que el pueblo francés odiaba cordialmente, le dedicó este brutal epitafio:

On ne lui trouva pas d'entraille,
Son coeur était en pierre de taille.

El regente Felipe de Orleans, exitó los elogios del pueblo que más tarde tuvo que retractarse con energía.

Y así, la copla ha vapuleado o celebrado, según sus simpatías o antipatías, a grandes y pequeños, a muy altas y muy nobles damas, algunas de las cuales, como la Pompadour, llevaron sus furioses hasta meter en la Bastilla a personas que ninguna ingerencia tuvieron en las diabluras de que se las acusaba.

Pero, pues que no es nuestro objeto tratar de folklorismo general, vengamos a nuestro asunto.

Narciso Sánchez, o *tío Chicho*, según le llama el afecto de sus conlugareños cristomontanos, es, como ya anteriormente tengo informado a los lectores, uno de los representantes más distinguidos de la Lírica Popular tabasqueña. *Tío Chicho* es además tres veces respetable: es un anciano, es ciego y es pordiosero. (1)

Fué soldado republicano en las poblaciones del Usumacinta, durante la guerra del que hemos dado en denominar Imperio, y me ha narrado algunos ligeros sucesos que yo a mi vez narro al público, a guisa de nota a la historia de la revolución de los *colorados*, como por razones de indumentaria apellidaron en Tabasco a los rabiosos defensores de aquel trágico disparate político, y cuya expulsión del Estado, es una de las más gloriosas hazañas que el pueblo tabasqueño consumó.

Mi narrador, artista como es, no habría recordado la hermosa epopeya, si en su memoria no estuviera hecha cuerpo y alma con el recuerdo de algunas trovas y canciones que anduvieron de boca en boca entre los soldados liberales de la época, y que al dictármelas, vínosele a los labios juntamente con ellas lo relativo a la memorable acción de armas.

Con esta explicación y la advertencia de que para *tío Chicho* la revolución del Imperio casi no pasó más allá de las márgenes del Usumacinta, vamos al relato.

No recuerda en que fecha del año de 1863 cayó sol-

(1) Pocos meses después de publicado el presente artículo, abandonó esta tierra de lesengaños y amarguras, no sin antes habérsele oído leer, atento y satisfecho, a un vecino de la pintoresca y plácida villa.

dato en Montecristo. Lo cierto es que, recientes aún los lazos de Himeneo que lo ataban a una guapa cristomontana, supo arreglar las cosas de modo que cierta noche huyó con ella a Playas de Catasajá, donde poco más tarde desempeñó el cargo de juez de manzana, para pasar de golpe y porrazo a sargento de los soldados republicanos, a la llegada a la localidad del Comandante Miguel Utrilla, Jefe del contingente enviado por el Gobierno de Chiapas a Tabasco.

De este valiente ciudadano, a quien él estimó bastante, me cuenta que vestía pantalón y chaleco de cuero de tigre; y que bajo de la camisa siempre llevó una coraza de bronce.

Por aquellos días, la villa de Jonuta estaba ocupada por una guarnición franco-traidora de doscientos hombres fortificados en el cerrito llamado *Cuyo*, y a las órdenes de Juan Ortega, ex-prefecto imperial de Chiapas llegado a Tabasco después de sufrir completa derrota en San Cristóbal, y a quien por alias o cognomento le decían el General. Este compartía el mando de las fuerzas con el fraile Chanona, de reconocida ma'a fama.

A fines de marzo de 1864, el Comandante Federico Alvarez y Baños, de Montecristo, que fué quien levantó contra los imperialistas a todos los pueblos ribereños del Usumacinta, salió de la antigua Villahermosa, a batir a Ortega según una combinación arreglada por el gobierno de Tabasco y el de Chiapas.

En efecto, el valiente joven Alvarez, acompañado de Bruno Puche, conlugareño suyo y a quien le llamaban el *tigre manso* porque era tan valiente como tan bueno; de Vicente Gamas de la ribera del Chacamás, y de Maximiano Baños, de Playas, hizo un primer ataque sin resultado alguno.

Una segunda tentativa no fué más afortunada que la primera.

Entonces el Comandante Utrilla salió de Playas con

su columna, enderezando rumbo a Jonuta por el camino del Tinto, y finalmente, el 25 de abril, a la salida del sol, los dos comandantes unidos con sus fuerzas respectivas, ponían en completa vergonzosa derrota a los mejicanos traidores que hacían el último esfuerzo por hincar en el suelo tabasqueño el asta de la bandera francesa, ya acribillada el primero de noviembre de 1863 en la ínclita acción del Jahuactal, y hecha girones el 27 de febrero de 1864 en la capital del Estado.

En uno de estos combates murió Telesforo Zalazar, coronel de nombre, que iba a la vanguardia de los republicanos. Era natural de Hecelchakan, (Estado de Campeche), y había llegado a los ríos en comisión del General Tomás Marín a buscar partidarios imperialistas. En estos lugares se hizo tráfuga pasándose a las huestes republicanas, donde llegó a encontrarse tanto contra su antiguo partido, que mandó fusilar a dos jonutecos que antes habían sido sus correligionarios.

Frente a la villa, a orillas del Usumacinta, estaban atracados el célebre vapor "Guaraguao" y las canoas "Corina" y "Diana", pertenecientes a la escuadrilla del aventurero español Eduardo Arévalo, arrojadas río abajo de Villahermosa el glorioso 27 de febrero, por el denodado brío de las fuerzas republicanas. A estas embarcaciones, último recurso de su derrota, corrieron desatentados Juan Ortega y los suyos, perseguidos por las balas enemigas; pero al llegar al ribazo, su espanto aumentó ante la trágica visión del incendio de las dos canoas, que ardían en llamas puestas ahí por la mano justiciera de los valientes defensores de la República.

En el gran apremio de su terror, los derrotados lanzáronse a nado hacia el "Guaraguao", emprendiendo apresurada marcha a favor de la corriente, los que no quedaron sin vida sobre las aguas serenas del Usumacinta.

Dos días má tarde, el 27 de abril, "recibía yo, dice el coronel Gregorio Méndez, el parte de ese acontecimiento que purgaba al país completamente de traidores".

Barrido Tabasco de las últimas escorias imperialistas, regresaron de Jonuta a Playas los Comandantes Alvarez y Utrilla; y fué entonces, cuando la Musa popular, inspirándose en el reciente hecho de armas, produjo aquella composición que todos los soldados republicanos tabasqueños recitaron y cantaron, y que según afirmación autorizada de Narciso Sánchez, del seno del cuartel de Playas surgió, como del seno de otros cuarteles del Estado brotaron otras composiciones por aquel entonces, pues la guerra intervencionista fué para el folklore poético regional, asunto de más de una trova ya burlesca, ya fustigadora, que conviene dar a conocer, porque son fragmentos históricos de una de las épocas más señaladas para el país, que el poeta popular, mejor dicho, que el soldado-poeta tabasqueño, pudo condensar en un momento de bélica inspiración para dejar consignados a través de la tradición perdurable, sus hazañas y triunfos más legítimos, y el castigo que supo imponer a quienes padecieron el ensueño injurioso de brindarle la ignominia del vasallaje.

El cantar dice así:

Llegaron los tabasqueños
con sus tropas muy valientes,
y a la Corina y la Diana
le dieron su pan caliente.

El hecho lo ignora la historia local, pero el arte popular lo recogió y grabó como en un cuadro de bronce para su eterna memoria. Debemos dar crédito a éste? Para mí es una cosa que no se discute. El Arte popular es de una absoluta sinceridad

El pintar como querer está aquí fuera de sitio. Lo

que pinta no lo ha imaginado sino que lo ha *visto* o lo *ha sentido*. Es un arte *verdadero*: en él se narran historias de almas, de sucesos y de cosas y nada más. Quizá por el temor receloso de no fantasear demasiado, que valdría tanto como ir camino de la mentira, el arte de la descripción le es desconocido.

Y volvamos a tío Chicho.

Pocos días después, Alvarez, el valiente cristomontano, moría en Playas, diciéndose que envenenado en un chocolate.

Utrilla salió del lugar no se sabe para dónde; y Narciso Sánchez, la guerra terminada, lió los bártulos y trasladó sus penates a Montecristo, donde más tarde, a la llegada del General don Pedro Baranda a San Juan Bautista, fué conquistado por varios antiguos compañeros de armas, y se fué con la graduación de cabo a esa ciudad, tomándolo de asistente el Capitán Loreto Lara al pasar por Frontera.

Durante su permanencia en la capital del Estado, oyó, cantó y se aprendió de memoria, la canción del *Burrión*, (gorrión), muy de moda entonces entre las tropas.

Parece que achaques de amores abligaron al *burrión* a *sacar cuchillo*, y herir o matar a alguien que seguramente quería *birlarle* su mulata.

Luego el narrador de la erótica historia dice:

Burrióncito hermoso,
pico de coral,
te traigo una jaula
de puro cristal.

Burrióncito hermoso,
pico de rubí,
te traigo una jaula
de oro para tí.

El estribillo, una corta plegaria, queda a cargo del gorrión protagonista:

Dios omnipotente,
sácame de aquí,
llévame a mi pueblo
donde yo nací.

Y que no es más que la nostalgia del hogar abandonado; la añoranza tierna por la esposa y los hijos ausentes que se han dejado allá lejos en el pueblo natal, mientras se va a empuñar las armas y correr a la salvación de la madre patria en peligro.

—Y de Arévalo qué sabe Ud?— pregunté a Sánchez cuando dió por terminada su página histórica.

—Que ese fué el que vino a Tabasco a la cabeza de los colorados—contestóme.

Nada o muy poco sabía del Arévalo imperialista; pero del Arévalo con pretensiones donjuanescas, conocía lo que la lírica regional había consignado entonces y que como todos saben es la verdad más rigurosa.

Historia es esta que llamaré de amor, a falta de un vocablo propio que no existe o que no conozco, y que para Arévalo fué jornada de fatigas y de incidentes tan cómicos cuanto ridículos, mientras que para la dama distinguida a cuya mano aspiró, y para sus respetables padres, motivo de sagaz defensa, casi romancesca, pero no medios digna y hasta heroica.

He aquí dos composiciones, en las cuales verá el lector que el arte folklórico es un arte de verdad, según antes dije, y cómo el espíritu de justicia que en él es una de sus características, sabe hacer irrisión y ludibrio de todo aquel que, digno de ser escarnecido, cae bajo su censura.

Arévalo está muy malo
con dolores de barriga;
Fidencia lo va a curar
con piezas de artillería.

Pobrecito bailarín,
qué es lo que te ha sucedido?
quisiste ser el marido
de aquel bello zerafin
Eduardo, no te decían
que Tabasco tenía honor,
y que las mujeres daban
calabazas al traidor?

Los versos, de no muy buena factura, son magníficos sin embargo, por cuanto condensan en elocuente lacónismo la historia política y social de un advenedizo que quiso ser un héroe y fué un clown.

Y con lo dicho termino estos apuntes.

Podría yo dar algunos otros cantares históricos que obran en mi poder, pero no perteneciendo al período a que hoy me referí, parecería poco pertinente su inserción aun que vinieran una vez más a probar que el arte folklórico en sus diversas y robustas ramas, posee una que puede prestar importante contingente a la Historia cuando ésta sabe aprovecharla.



LOS CANTARES DE IDEAS COMPLEMENTARIAS

Como el poeta anónimo suele disponer de recursos de ejecución que la mayoría de las personas no estima como tales sino que los atribuye al analfabetismo y la zafiedad, vamos a dedicar un ligero estudio a ciertos cantares en que se encuentran hermanadas dos ideas que entre sí no tienen parentesco ni relación de ninguna especie.

Por lo común cada una de ellas se desarrolla en dos versos, y a poco que se observe, nótase que la primera, la que ocupa los dos primeros de la estrofa, no es más que un recurso o un procedimiento artificioso para dar pretexto a la idea principal.

Verbigracia: un enamorado quiere decir a su amada que nadie podría amarla tanto como él, y se expresa de este modo:

*Por las calles van vendiendo
muchas rosas de castilla;
habrá quien te quiera mucho
pero como yo, mentira.*

Otros ejemplos:

*Por las calles van vendiendo
aguardiente en una taza:
qué cobardes son los hombres
que cuentan lo que les pasa!*

*Corté un limoncito tierno,
y siempre considerando...
Corazón he visto ingrato,
pero como el tuyo, cuándo!*

Si la idea lo requiere pueden emplearse más de cuatro versos:

*En un gajo de grosella
se sentó un chupasajar,
y me dijo una doncella:
más constante te he de amar
pero has de olvidar a aquella.*

Ocupada la mente del poeta por la idea principal que no ha necesitado más de dos o tres versos para su exposición, ahora sólo quedan por hacer otros dos versos antepuestos para terminar la estrofa, y en ellos debe decirse no importa qué, con tal de que los lazos de unión entre los cuatro o cinco pies se establezcan por el metro y la rima de ordenanza.

Los dos primeros versos vienen a desempeñar una función meramente complementaria o si se quiere decorativa; son añadidos por las necesidades que impone el instinto poético, frecuentemente más cuidadoso de la forma que del fondo.

Cantares de dos versos no se estilan: hay pues que añadir dos más para no ir contra el precepto. I no se estilan, porque los cantares, como su nombre lo expresa, son esencialmente cantables; y siendo así que en la frase musical popular casi siempre de ocho compases, cada verso ocupa un inciso de frase, dos versos no ocupan más de media frase, y la otra media habría de quedarse sin palabras, a no ser que fueran repetidos integralmente los mismos versos, lo que sería de un mal gusto evidente.

Por cuanto al valor estético de estos cantares, (aunque

ya le tienen por sí mismos pues su forma sentenciosa, expresada clara y enérgicamente conmueve por lo inesperada), no debe buscarse sino cuando van asociados a la música que les da verdadero prestigio. Entonces la falta de ilación queda atenuada por la perfecta unidad del pensamiento melódico: y respecto de los últimos versos donde se vierte la idea matriz, formando como forman la parte final de la frase, ellos son los que mejor hieren la atención del auditorio a menudo arrobado por la belleza de la melodía.

La lírica popular como la lírica primitiva, según se observa entre los mincopies, australianos y esquimales por ejemplo, es de un carácter fuertemente musical, y por lo mismo el elemento poesía queda a menudo postergado.

Varias veces he referido cómo los poetas labriegos se preocupan de que el verso vaya bien con la tonada.

Añadamos aún otros especímenes para nuestra instrucción.

En mis colecciones poseo adaptados donosamente a la cuarteta o a la quintilla, algunos refranes, aforismos y decires de esos que el pueblo tabasqueño se sabe de memoria, ya inventados por él, ya ajenos, y que a diario saca a colación.

He aquí algunos:

*El que siembra en tierra ajena
hasta la semilla pierde.*

*Me gusta verlas penar
y que yo la causa sea*

*A ti te lo digo nuera,
entiéndelo tu, mi suegra.*

échate a volar si sabes

La musa popular, a veces sentenciosa, a menudo mordaz, regocíjase cantándolos en la siguiente forma:

*Una naranja madura,
le dijo a otra verde verde:
que el que siembra en tierra ajena,
hasta la semilla pierde.*

*Así como te lo digo,
como te lo estoy diciendo;
a tí te lo digo nuera,
entiéndelo tú, mi suegra.*

*Navegando en alta mar,
me dió en contra la marea:
me gusta verlas penar
y que yo la causa sea.*

*Que te quiero ya lo sabes,
si no me has de descubrir:
y con palabras muy suaves,
si tú me quieres seguir,
échate a volar si sabes.*

La siguiente trova está formada por la conjunción de dos decires:

*A la mar se le pregunta
y a mí se me toma el dicho;
camarón que salta a tierra
pronto se lo come el picho. (1)*

Finalmente: creo no sean necesarios grandes esfuerzos para probar que estos cantares de ideas complementarias o decorativas, muy peculiares y privativos de nuestro pue-

(1) La hembra del zanate.

blo, son el resultado, no de su estulticia o rustiquez, sino de la necesidad y conveniencia de realizar trovas de cuatro o cinco versos que son las comunes y corrientes, y las que encajan bien en las melodías de uso más general.

Así como lo hemos visto *estirar* el vocablo para que no cojee el verso octosilábico y sobrevengan, al cantarse, desagradados estéticos, ahora *estira* en cierta manera la idea, para completar la estrofa, que de otra manera iría contra el precepto y no se adecuaría sin recursos de mal gusto, a la frase musical.

